

Año XV
Edición en Español
8 de julio de 2006

el **S em a n a r i o**

Publicación
gratuita

de **B e r a z a t e g u i**

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

Editado
por:

Número 666

TERCER MILENIO
TERCER MILENIO

FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos

Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

Entregado en mano - No arrojar en la vía pública

Esta narración es tan pública que cada año recibe la veneración y desagravio de los fieles la imagen protagonista, que está colocada en un pedestal del altar mayor del Hospital de la Paz, Bolivia. Dicen que el acta levantada a raíz del suceso se conserva en la biblioteca de los conventos de la ciudad.

Al lado mismo de la iglesia de San Francisco existía, allá en tiempos de la colonia española, una casita pequeña y destartada: era el lugar más inmundado, el garito más concurrido por los jugadores envidiosos. Uno de los que asistían a este garito era el castellano Millán de Valdés. Sin embargo, Millán conservaba algo de piedad. Si alguien se lo pagaba bien, era capaz de cometer el crimen más abominable; pero si algún sacerdote lograba tocar las dos fibras que en seguida vibraban en su alma, el amor a la Virgen y el recuerdo de su madre, se le veía llorar como un niño y en seguida prometer la más decidida enmienda. Cuando ganaba en las apuestas, solía poner en la alcancía de la Virgen la mitad de lo obtenido, como agradeciendo su suerte e invocando su protección.

Cierta vez, hacía ya varios días que Millán perdía en el juego. La primera noche que perdió, al salir puso en la alcancía de la imagen algo del dinero que le restaba. La segunda noche, ni dejó dinero ni saludó a la Virgen. La tercera salía con el pecho convertido en un volcán de fuego y, lleno de ira y de venganza, se desató en injurias contra la Virgen y contra su divino Jesús. Llegó la siguiente noche, y la suerte de Millán fue más adversa aún que las anteriores, y salió lleno de despecho. Sólo la Virgen bendita, con su Hijito en sus brazos, estaba esperando al jugador con la cara sonriente, con la misericordia en los ojos, con la paz y la dulzura en los labios. Al verla, Millán no pudo contener un ímpetu de venganza contra la santa imagen, que no había pagado sus limosnas dándole suerte en el maldito vicio que lo dominaba.

- ¡Tú! - gritó con satánica rabia -, ¡Tú tienes la culpa, y tu Hijo también! ¡Toma por desagradecida! Y sacando el puñal en aquel momento de descon-

trol, descargó sobre la frente de la imagen una terrible puñalada. Un raudal de sangre fresca brotó de la herida, corriendo por las mejillas de la Virgen. Pero Millán no lo vio, estaba ciego, y con la misma violencia con que hirió a la Madre amagó arremeter contra el Hijo.

- A Él, no, Millán: ¡a Él, no! -se oyó decir a la santa imagen, que, separando el brazo izquierdo del cuadro donde estaba pintada, puso la mano delante del rostro del Niño, recibiendo en ella la segunda herida. El asesino pudo ver el movimiento de la imagen; vio salir sangre tibia de la mano de la Virgen, que manchó la suya y, tirando el puñal en el suelo, desapareció entre las sombras de una callejuela, huyendo con vertiginosa carrera de su propia conciencia,

que llevaba dentro de su mismo ser. Eran las tres de la mañana. El Hermano Juan, que estaba de guardia en el Hospital de San Juan de Dios, de la misma ciudad de la Paz, se sentó en la portería a rezar su rosario. De pronto, y cuando el sueño comenzaba a cerrar sus párpados, oyó dar unos golpecitos en la puerta de la calle.

- Enfermos a estas horas -se dijo, levantándose-

se del banco y tomando la llave-. Grave debe ser la cosa. ¿Quién es?

- ¡Abra Hermano, abra que me estoy desangrando! Abrió el Hermano Juan, y una señora de buen porte, de hermosura peregrina y con un niño pequeño en el brazo derecho, penetró en la portería. De una ancha herida en la frente manaba sangre que el niño procuraba detener con un pañuelito, y la mano izquierda, que traía vendada, daba a conocer que otra herida más debió descargar el asesino sobre su indefensa víctima.

- ¡María Santísima! -exclamó el Hermano llevándose las manos a las sienes- ¡San Juan de Dios me valga! ¿Quién os ha herido de ese modo, señora?

- No, no me preguntéis su nombre, que al fin y al cabo es hijo mío. Curadme, Hermano, que ya sabréis mañana lo ocurrido.

El Hermano vendó como pudo las heridas de la enferma.

Primera parte



SANGRE DE MADRE

- ¿Queréis confesaros, señora? Llamaré a un sacerdote en seguida. Mirad que es grave esa puñalada que tenéis en la frente.- La señora sonrió, miró a su hijito con cariño, y dijo al Hermano por toda respuesta:

- Gracias, Hermano, gracias; no me remuerde la conciencia de pecado alguno.

- Entonces, venid conmigo al departamento de mujeres y descansaréis.

El Hermano cerró la puerta del Hospital y marchó adelante, seguido de la mujer. Enseguida notó que no se oían sus pasos. Miró atrás y no vio a nadie. Buscó, llamó, pero todo fue en vano. La señora había desaparecido. Al día siguiente, un inmenso gentío se arremolinaba enfrente de la imagen que estaba junto al garito de juego. Un charco de sangre manchaba las piedras que estaban bajo el marco del cuadro, y dos heridas, frescas aún, ostentaban el carmín rojo en la frente y en la mano de la Virgen.

- Es un milagro, un milagro, ¡pero de los grandes! - decía una anciana con sus labios de rábano a medio secar.

- Es un crimen, ¡un crimen, pero de los horribles!- gruñía un viejo veterano del Santo Oficio, mirando la sangre del suelo.

- ¡No piséis esa sangre, que es de la Virgen Santísima! -gritó una mujer del pueblo, tendiendo su vistoso poncho sobre las piedras.

- Paso, paso a la autoridad eclesiástica! -se oyó decir a uno de los padres franciscanos, que acudía al tener conocimiento del suceso.

- Padre, ¡milagro, milagro! -gritaban unos.

- Padre Prior, ¡justicia, justicia! -clamaban otros.

- ¡Por Dios y por la Virgen! -exclamó el Padre Prior, abriéndose paso por entre la muchedumbre- Dejad que vea bien las heridas.

El padre franciscano, subido en una escalera, tocó la sangre de la herida que la Virgen tenía en la frente. Varias gotas de rojísimo carmín rodaron por las benditas mejillas de la efigie, y un grito agudo, atornador, salió de todos los labios.

- ¡Milagro, milagro! ¡Es un milagro!

- Calma, hijos míos, ¡calma! -les dijo el Prior, más emocionado que ninguno

- Caed de rodillas y rezad conmigo a la Madre de Dios, que por su imagen ha querido obrar este prodigio.

Continuará

RESUMEN: Un sacerdote es aparentemente poseído y sus fieles buscan la forma de liberarlo.

Capítulo 53

La noche se apoderaba nuevamente de cada uno de los rincones de la ciudad y desalojaba a la luz del día de sus más recónditos escondites,

cambiando la fisonomía del paisaje con un toque misterioso. En su habitación, el párroco dormía sin dar señales exteriores que hicieran notar que en su cuerpo aun habitaban los demonios de la avaricia y la soberbia, últimos en resisitir los exorcismos y tenazmente aferrados a esa morada humana que les permitía infiltrarse en la realidad sin ser descubiertos, al menos por un tiempo, para atacar con sus tentaciones a quienes cometían el grave error de no creer en su existencia. En la habitación contigua, el doctor y la presidenta de la Legión de María se disponían a retirarse, quedando como guardia el sacerdote auxiliar, por si en el transcurso de la noche se presentaba alguna novedad de importancia. Por su mente pasaban infinidad de ideas. Sus contactos con lo sobrenatural habían cambiado por completo sus esquemas de pensamiento y lo ponían frente a un necesario e impostergable examen de conciencia: si todo lo sucedido hasta ahora era real -¡por supuesto que lo era!- el ejercicio de su misión sacerdotal debía sufrir, obligatoriamente, un vuelco reconocible y total, pero, ¿tendría las fuerzas para desandar el camino y recomenzar?... Sumergido en estas cavilaciones, recordó repentinamente el sobre que llevaba en su bolsillo. Lo habían recibido esa misma mañana en la secretaría parroquial y, con el tumulto de la última manifestación diabólica, había olvidado por completo su existencia. Lo extrajo y buscando un abrecartas reveló su contenido. Una citación del obispado para el día siguiente, con carácter de urgencia, para responder a una denuncia efectuada por un feligrés acerca de algunas irregularidades en la atención de la parroquia. ¡Só-



➔ **DOMINGO** ➔

30 de JULIO

9:00 Hrs.

**RETIRO ESPIRITUAL
y Diálogo con el vidente**

**Oportunidad de conocer y
escuchar a quien recibe los
mensajes de Jesús**

Misericordioso en la Argentina.

INSCRIPCIÓN ANTICIPADA

SOLO PERSONALMENTE en el

SANTUARIO DE JESÚS

MISERICORDIOSO

153 entre 27 y 28

BERAZATEGUI de 9 a 14 hs.

**- CAPACIDAD LIMITADA -
RESERVE SU LUGAR**

lo eso faltaba!, que algún parroquiano se haya atrevido a quejarse de su conducta. Tal vez porque negaba la comunión a aquellos que se arrodillaban, a pesar de saber que se trataba de una medida injusta e ilegal, pues las disposiciones vigentes protegían a quienes, llevados por el fervor, se postraban ante Cristo sacramentado. O serían aquellas mujeres a quienes se negó a confesar por encontrarse ocupado. Tal vez aquel anciano que quería que le bendijeran su casa y fue rechazado. La lista continuaba dando vueltas en su mente y se dio cuenta de que, cuando debía hacerse cargo de sus deberes sacerdotales, la mayoría de las veces -¿o siempre?- había buscado su comodidad antes que el servicio a los demás y que, si los fieles se decidían a quejarse, podría llegar a pasarla muy mal ante sus superiores. Por eso el párroco había tejido esa maraña de intrigas con la comunidad que le permitía mantenerlos callados y quietos. Cuando le adjudicaran una parroquia -podría ser ésta, si el párroco no se reponería a tomar los recaudos necesarios... o hacer las cosas bien desde el principio. Con estos pensamientos, poco a poco el cansancio fue ganando un lugar en su cuerpo y se durmió allí sentado, con la cabeza hacia un lado. La delgada hoja de papel resbaló entre sus dedos sin fuerza y cayó a sus pies, como indicándole el camino que debería seguir al día siguiente. Un sonido constante comenzó a oírse al otro lado de la puerta. Suave al principio, como una muchedumbre que marcha a lo lejos y, a medida que se acerca, hace retumbar cada vez más el suelo con sus pasos. Luego un breve silencio y, finalmente, un terrible aullido de lobo hambriento, de fiera desafiante y poderosa rasgó la atmósfera devolviendo al joven cura súbitamente a la realidad, esa realidad que no quería vivir, que deseaba olvidar, que había venido a buscarlo al mundo de los sueños y lo arrastraba ahora a la pesadilla de enfrentarse con su máximo enemigo: el mal.

Continuará

PARA RECORDAR EN ESTA SEMANA

JULIO

- S. 8 San Procopio.
- D. 9 San Eusanio.
- L. 10 San Agustín Zhao Rong
y compañeros.
- M. 11 San Benito.
- Mi. 12 San Gualberto.
- J. 13 San Enrique.
- V. 14 San Camilo de Lelis.

NOTA
153

KEMPIS

Imitación de Cristo

La "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.



En este caso, ¡cuán escaso es el amor, cuán débil la devoción de aquellos que retrasan tan fácilmente la comunión! ¡Qué feliz y qué agradable a Dios es el que vive en forma tal que guarda su conciencia con tanta pureza que está siempre dispuesto y lleno de deseos para comulgar todos los días si le fuera consentido y lo pudiera hacer sin hacerse notar! El que se abstiene algunas veces por humildad o por alguna justa causa, hay que alabarle por su delicadeza. Pero si lo hace por una especie de tibieza que lo ha invadido, debe sacudirse y hacer inmediatamente todo lo que esté a su alcance para recuperar el fervor; el Señor lo ayudará en su buena voluntad y le prestará una ayuda eficaz. Si uno está impedido legítimamente, pero tiene la buena voluntad y la devota intención de comulgar, no será privado del fruto del sacramento. Ya que cualquier persona devota puede, todos los días y en cualquier momento, recibir provechosamente la comunión espiritual de Cristo, sin que nadie pueda impedirselo. Sin embargo, en ciertos días y en tiempos determinados, debe comulgar sacramentalmente el cuerpo de su Redentor con amoroso respeto, pretendiendo más la gloria y la honra de Dios que su personal consuelo. Tantas veces una persona devota comulga místicamente y se alimenta espiritualmente cuantas medita piadosamente en el misterio de la encarnación y de la pasión de Cristo y se inflama en su amor. El que sólo se prepara al llegar la festividad o porque la costumbre lo obliga, generalmente nunca estará bien predisposto. Bienaventurado aquel que se ofrece a Dios en holocausto todas las veces que celebra la misa o comulga. Cuando celebres la misa no seas muy lento ni demasiado apresurado, sino observa el término medio vigente entre aquellos con quienes vives. Procura no causar molestia ni fastidio a nadie. Observa el camino trazado por los antepasados y mira más al provecho de los demás que a tu devoción o a tu sentimiento.

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



Visite el **“SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO”**

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Provincia de Buenos Aires
Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00 hs**

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes **SOLEMNE PROCESIÓN** con la Imagen Milagrosa de “María Rosa Mystica”.

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA



Nota 67

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado; nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad. Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona.

Después del concilio de Calcedonia, algunos concibieron la naturaleza humana de Cristo como una especie de sujeto personal. Contra éstos, el quinto concilio ecuménico, en Constantinopla en el año



553 confesó a propósito de Cristo: “No hay más que una sola hipóstasis [o persona], que es nuestro Señor Jesucristo, uno de la Trinidad”. Por tanto, todo en la humanidad de Jesucristo debe ser atribuido a su persona divina como a su propio sujeto, no solamente los milagros sino también los sufrimientos y la misma muerte: “El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la santísima Trinidad”. La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. El es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor:

“Permaneció en lo que era y asumió lo que no era”, canta la liturgia romana del primero de enero. Y la liturgia de San Juan Crisóstomo proclama y canta: “¡Oh Hijo Único y Verbo de Dios!, siendo inmortal te has dignado por nuestra salvación encarnarte en la santa Madre de Dios, y siempre Virgen María, sin mutación te has hecho hombre, y has sido crucificado. ¡Oh Cristo

Dios!, que por tu muerte has aplastado la muerte, que eres Uno de la Santa Trinidad, glorificado con el Padre y el Santo Espíritu, ¡sálvanos!

IV CÓMO ES HOMBRE EL HIJO DE DIOS

Puesto que en la unión misteriosa de la Encarnación “la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida”, la Iglesia ha llegado a confesar con el correr de los siglos, la plena realidad del alma humana, con sus operaciones de inteligencia y de voluntad, y del cuerpo humano de Cristo.

Continuará